

LOS COCHES LOCUACES

SERÍA injusto negar que las carreteras españolas, han mejorado. Pero como el número de coches va siempre a más y los automovilistas suelen coincidir en los mismos sitios y a las mismas horas, no es raro alguna que otra marcha lenta -«ir en caravana», se dice- donde uno puede caer en inútiles impacencias, pero también aflojar las tensiones de la velocidad y darse el gusto de la meditación.

Un día de estos me vi metido en una fila que progresaba con dificultad. Aunque el puntilloso Arias Paz lo desaconseje, podía fumarse un cigarro mientras los motores rombaban con sus velocidades cortas, y no era imprudente, a veinte por hora, enterarse de la publicidad que ya forma parte del paisaje. Admiré, sobre todo, el talento de una compañía de aviación que con cuatro palabras ponía el dedo en nuestra llaga: «Con nosotros ya hubiera llegado». A veces tuve que cambiar de puesto en la formación. Esto me facilitó otra clase de lecturas. Al parecer se ha puesto de moda que los coches nos hablen desde su cristal trasero. Ciertamente, si tienen algo que decirnos es natural que nos lo digan desde allí, porque en las carreteras, autopistas y demás avenidas apenas miramos hoy para el que cruza, y malo, ¡malo!, cuando lo vemos demasiado enfrente... A los coches se les conoce por su popa.

Será espíritu de contradicción, pero a mí me molesta un poco que traten de catequizarme con estas consignas rodantes (y con cualquier clase de consignas). No tengo nada contra la leche, pero prefiero el vino cuando un camión se permite aconsejarme lo de «Beba leche y viva más». Y viceversa, si lo que me proponen es la gloria del valdepeñas. Pero aún peor me parecen ciertos gestos confianzudos: «Tú, tranquilo». En este terreno está a la vista todo un pugilato celtibérico de ingeniosidades. Las ciudades y regiones también se han puesto a desplegar frases como banderas, que a veces son alumbradas mediante concurso público, siempre pensando en la tribuna de los cristales zagueros. Podrían ponerse ejemplos sorprendentes, pero en lo de citar ciudades hay que andarse con pies de plomo porque en seguida se enfadan sus fuerzas vivas, aparte de que nunca sabe uno a dónde lo llamarán un día como mantenedor o pregonero de fiestas. Esto de no comprometerse lo entienden bien quienes se alistan a «Tó er mundo é güeno». Tan abrazadora alabanza se lee ya mucho, pero a mí me chocó cuando me la tropecé por primera vez, quizá porque del coche -un «600», Torremolinos, tarde de agosto- descendió un pasajero que era fraile mendicante.

Pero lo que acaso abunde más son las frases de intención ética. Algunas son como para ruborizarnos un poco. Un coche bastante viejo -los coches declaran su edad por la matrícula-, rejuvenecido con flores y otros pintarrajos, se atrevía a dogmatizar: "La virginidad produce el cáncer. ¡A vacunarse!" Claro está que lo más frecuente es la ortodoxia. «El Señor con nosotros», «Piensa en los demás», «Amaos los unos a los otros», «Dios es amor»...: nobles conceptos, aunque uno, la verdad, sigue encontrando impropio el vehículo -nunca mejor dicho- que se escoge para proclamarlos.

Lo peor es que nada hay tan irritante como la falta de correspondencia entre las expresiones pías o cívicas y el comportamiento vial de quienes las exhiben. Una palabra amable, un aforismo de paz, acaso pudieran aliviarnos en algún momento de la brega. Acaso. Pero sólo si riman con la conducta, que, miren ustedes por dónde, en la acepción primera del diccionario significa conducción. De otro modo, a los muchos dicharacheros que nos hablan por el cristal o desde el latón pintado de la trasera, entrometidos y propincuos, convendría denostarles al modo de la dama de La Coruña. Pero seguramente ustedes no saben la historia:

Creo que fue Pepe Luis Vázquez quien nos lo contaba un día. Era tarde de toros, y acaso porque el aire atlántico, que se pasa la vida embistiendo a la torre de Hércules, decidiera colarse de rondón en la plaza, o sencillamente porque en el talante interno del artista soplaran esos otros vientecillos inexplicables que a veces barren la inspiración, lo cierto es que al torero no le cuadraba en la ocasión lo de «diestro». La bronca rugía sin misericordia. Pero en el fragor de las imprecaciones a Pepe Luis le llegaba una voz que sonaba amiga, femenil por más señas:

-Ya le vi esta mañana en Santiago...

¡A quién no le gustará que lo recuerden en buenos pasos! Agradecido, aliviado en medio de la tormenta, el maestro volvió los ojos a la barrera donde una señora, respetable y severa, completaba su frase amonestando con el abanico:

-... ¿Y sabe lo que le digo? ¡Pues que menos comulgar y más arrimarse al toro!

El toro, en esto de la carretera, es apretarse a la derecha y conducir como Dios manda. Mejor que las jaculatorias,

Antonio PEREIRA